

**RUPERTO S. GÓMEZ.**

Nació en Bogotá en Mayo de 1837. Recibió su educación en el Colegio de los Jesuitas y en el del señor Francisco Ortiz Barrera. La mayor parte de su vida la ha dedicado á la educación de la juventud y dirige hace algunos años un Colegio bastante acreditado.

El señor Gómez ha sido colaborador de varios periódicos literarios y es autor de las *Cuestiones de Geografía* con Don Ricardo Carrasquilla, de los *Ejercicios para corregir palabras y frases mal usadas en Colombia*, de las *Tablas en verso de las cuatro operaciones de enteros* y del *Compendio de los Estudios Filosóficos de Augusto Nicolás*. También ha traducido algunos tomos de la obra de *Zoología* de M. Pape Carpentier.

En el concurso abierto por la Academia colombiana para la mejor composición en verso á *Don Andrés Bello*, el señor Gómez obtuvo el primer premio y recibió una medalla de oro por su bella silva al inmortal cantor de la *Zona tórrida*.

---

**EN LOS CAMPOS DE BOYACÁ.**

(HOMENAJE Á BOLÍVAR).

(Composición leída en el Ateneo de Bogotá el 28 de Octubre de 1884.)

Pendiente de la Cruz que de mi esposa  
Abrigo presta á la ceniza inerte,  
Oh lira en otro tiempo melodiosa!  
Callas ante el silencio de la muerte.

Sólo tu voz resuena  
En la mansión desierta y funeraria  
Cuando respondes á mi amarga pena  
Del dolor con la fúnebre plegaria.

La tumba donde yaces abandona,  
De tus cuerdas sacude el triste llanto,  
Y, de ciprés depuesta la corona,  
Eleva al Padre de Colombia un canto.

El vuelo de mi ardiente fantasía  
De Boyacá á los campos me arrebató,  
Y sentado en la agreste serranía  
Mi vista por doquiera se dilata.

Las nieblas empujadas  
Por el soplo de brisas pasajeras,  
Huyen por los collados y praderas,  
Y corren de carneros cual manadas  
Hasta el confín del último horizonte,  
Y suben por las cuestas escarpadas,  
Y desaparecen tras lejano monte.

Cuán bella la mañana!  
Cuán diáfana la bóveda del cielo  
Por cuyo seno el águila su vuelo  
Tiende veloz de su poder ufana!

De la grama en las hojas, vacilantes  
Relumbran cual diamantes  
Las gotas de rocío,  
Y allí entre juncos y maleza el río  
Corre á ocultar su linfa trasparente  
Entre los muros del antiguo puente.

Más allá del campestre caserío  
Se ven del humo vagarosas ondas;  
Y del fértil collado en las laderas  
Mecer el trigo sus espigas blondas.

Allá, muy más allá de aquellas sierras  
Sobre las faldas de risueñas lomas,  
Cual nidos de palomas  
Cien pueblos se levantan: mil arroyos  
Fecundan con sus aguas los plantíos,  
Do embalsaman los verdes chirimoyos  
Con sus flores las brisas matinales,  
Donde las auras juegan  
Con las hojas de plácidas maizales.

Y estos verdes collados y estos valles  
Oyeron los acentos de otras razas  
Cuyos templos magníficos y plazas  
Convertidos en ruinas  
Descubren con asombro los viajeros  
Entre zarzas al pié de los oteros.  
¿ Mas dónde hallar su historia  
Si los tiempos veloces con sus alas  
Borraron para siempre su memoria?

De los muiscas sencillos los monarcas  
En pos vinieron de olvidados pueblos  
A regir estas fértiles comarcas.

Bajo el techo de rústicas cabañas  
Cercadas de *queremes* y de cañas,  
Al són de la salvaje chirimía  
Alzaron los antiguos moradores  
Himnos al Sol y á la argentada *Chía*.  
Mas ¿ dónde está del zaque el poderío ?  
¿ En dónde las montañas,  
En cuya cima del robusto *moja*  
Ofrendaban al Sol los nobles *jeques*  
El tierno corazón y las entrañas ?  
Todo desapareció ante la cuchilla  
De Quesada y Roñdón, que dilataron  
Los lindes del imperio de Castilla.

Por vez primera el bullicioso viento  
De otro idioma en sus alas  
Llevó á los ecos el robusto acento.  
Cayeron de los muiscas las deidades  
Y ante la Cruz surgieron por doquiera  
Santuarios opulentos y ciudades.

Tornáronse los pueblos en naciones,  
Y libertad clamaron, mas España  
Llena de fiera saña  
Lanzó sobre Colombia sus legiones.  
Aquí sobre estas cúspides agrestes  
De mi Patria y de Iberia se encontraron  
Ardiendo en ira las furiosas huestes.  
Oír del gran Bolívar me parece  
La voz aguda que el combate ordena;  
La trompa aterradora que resuena  
Hasta el valle lejano, y enardece  
El furor de los ínclitos guerreros  
El silbar de las balas ; los tropeles  
De los raudos corceles  
Regidos por indómitos llaneros;  
Del preñado cañón los estallidos  
El choque de las lanzas, los clamores;  
De la hueste española los rugidos;  
El ronco redoblar de los tambores,  
El triste lamentar de los heridos...

¡ Cuánta sangre corrió por estos campos  
Hasta juntarse al rápido torrente!...  
Al ver enrojecida su corriente  
Del río el Genio entre ligeros juncos  
Alzó asombrado la rugosa frente:  
Contempló la batalla, el sol ardiente  
Que, desde el seno del azul profundo,  
Los primeros instantes alumbraba  
En que un mundo potente de otro mundo  
El Dios del universo separaba.

En medio del furor de la pelea  
Relumbran de Bolívar las miradas  
Cual los rayos del sol entre las brumas.  
Sobre su casco sin cesar ondea  
Blanco penacho de ligeras plumas,  
Y su acero inmortal relampaguea.  
Cesó la lid, y sobre el campo ibero  
El colombiano pabellón flamea.  
Y Bolívar de pié, meditabundo,  
En medio de los bélicos despojos,  
Del águila contempla con los ojos  
Las huestes de Colombia libertando  
Poderosas comarcas con su acero.  
El Avila, el Pichincha, el Chimborazo  
Con voz de trueno contarán al orbe  
Las mil hazañas del sin par guerrero.

Oh madre España! la Discordia impía  
Pudo un instante desatar los lazos  
Que nos ligaban, mas de paz el día  
Lució por fin, y llenos de alegría  
Nos arrojamos á tus dulces brazos.  
Así también el huracán violento  
Suele las ramas que crecieron juntas  
Del tronco separar por un momento;  
Mas Inégo pasa el temporal y unidas  
Presentan su follaje al firmamento.

Mas ¿ dónde están las urnas funerarias  
Que guardan de los héroes las cenizas?  
Ni tosca cruz de piedra  
Se levanta entre verdes pasionarias  
Engalanada con silvestre hiedra.

Las marmóreas columnas y obeliscos  
Que cuentan desde aquestas soledades  
De Bolívar la gloria á las edades,  
Son de estos montes los eternos riscos;  
Y de tanto guerrero y tantos grandes  
Que perecieron en la lid sangrienta  
Son los soberbios túmulos los Andes.

Bolívar! la calumnia su veneno  
Sobre tu pecho derramó, y proscrito  
Al despedirte da amargura lleno  
De la ingrata Colombia  
Te sorprendió la muerte, y sin encono  
Al espirar dijiste:  
"Oh Patria! oh Patria! tu crueldad perdono."

¿ Dónde están tus rivales?  
Todos desaparecieron, y tu nombre  
Crece al través del tiempo, cual la sombra  
De la excelsa colina  
Sobre la verde alfombra  
Ante la luz del astro que declina.

---

### **SOBRE LA TUMBA DE MI ESPOSA.**

Tras larga noche de pesar é insomnio  
Vengo á posar sobre la helada tumba,  
Que oculta tus despojos adorados,  
Mis labios yertos y mi frente mustia.

Vengo á llorar ante el naciente rayo  
De la mañana que alumbró tu cuna,  
Mañana que mi lira celebraba,  
Y hoy empapada en lágrimas saluda.

¡Cuándo pensara en el postrer otoño  
En que lleno de amor y de ventura  
Ceñí tu frente de amaranto y rosas,

Que hoy con guirnaldas de ciprés y juncias  
En mi llanto empapadas ay! vendría  
De tus cenizas á cubrir la urna!

A mi memoria, como denso enjambre  
Que al rededor de los jazmines zumba,  
Acuden de continuo los recuerdos  
De mi pasada y próspera fortuna.

Allí de la colina se distinguen  
Las laderas cubiertas de verdura,  
Do nos juramos nuestro amor sincero  
Al pié sentados de bendita gruta.

Allá la torre del humilde templo  
Donde el Eterno con su diestra augusta  
Bendijo nuestras almas que anhelaban  
Cruzar la senda de la vida juntas.

¡ Cuán hermosa á mi lado ! De azahares  
Frescas guirnaldas en tu frente ebúrnea;  
En tus ojos brillaba la inocencia,  
Y asomaba á tus labios la ternura.

Como dos aves que su vuelo tienden  
De la floresta á la región oculta,  
Y entre las ramas de floridos raques  
Hacen su nido de vellón y plumas.

Y allí cantando su existencia pasan  
Al Dios, que cubre de nectáreas frutas  
El árbol, y engalana la campiña  
De ricas mieses con espigas rubias,

Hasta que llega el temporal violento  
Y al golpe de sus alas tremebundas  
Derriba el bosque y el caliente nido  
Al pié del tronco secular sepulta;

Así corrimos al hogar querido,  
Donde á la sombra de frondosas murtas  
Por ti mis preces sin cesar de hinojos  
Elevaba al Señor de las alturas.

¡Cuán ligera á mis hombros parecía  
De mis labores la fatiga ruda,  
Escuchando tu voz enamorada  
Cual de paloma que en el bosque arrulla!

Cuando el pesar artero disparaba  
Contra mi pecho su saeta aguda,  
Abrazada á mi cuello pretendías  
Con tus caricias desarmar su furia.

¡ Cuántas veces te vi, cuando en tu seno  
Calentabas la frente moribunda  
De nuestros hijos, ocultar el llanto  
Y alzar al cielo tu mirada turbia,  
Y olvidando tus penas al Eterno  
Por mí rogar en tus plegarias mudas!

Y cuando junto al lecho de la muerte  
Lloraba lleno de pesar y angustia,  
“Dios lo quiso” exclamabas resignada,  
“Que su divina voluntad se cumpla.”

Y postrándome al pié del crucifijo  
Con voz decía lánguida y convulsa:  
"lévate oh Dios! de nuestro amor las prendas,  
Mas á mi amante compañera nunca."

Una tras otra la inflexible Parca  
Tronchando fué con su segur sañuda,  
Cual huracán que el florecido ramo  
De la azucena con sus alas trunca.

Ay! yo contra mi pecho te estrechaba  
Cual si quisiera de la muerte adusta  
Defenderte, y contigo de la vida  
Seguir tranquilo la espinosa ruta.

Mas mi dicha era grande, y en el mundo  
Cual fuegos fatuos los placeres duran,  
Y era preciso hasta las mismas heces  
El cáliz apurar de la amargura.

Llegó por fin la noche en que oprimido  
Tu amante pecho de mortal angustia  
Te sentaste temblando en mis rodillas  
Y estampaste en mi frente taciturna  
El postrer beso, que en mi triste oído  
Resuena, cual la brisa gemebunda  
Que entre las ramas del ciprés sombrío  
De la tarde al crepúsculo susurra.

Un instante después, oh suerte impía!  
Tus ojos negros cual silvestres uvas,  
Cerraste para siempre, y yo demente  
Ante la Parca mi cerviz robusta  
Tendí, mas ella me dejó gimiendo  
Del dolor bajo la áspera coyunda.

En vano, mis pupilas anubladas,  
Cual otro tiempo con afán te buscan,  
Y recorriendo tu mansión, mis labios  
Tu nombre en vano con afán pronuncian.

De nuestro amor las prendas, que la muerte  
Perdonó, sollozando me circundan,  
Y levantando al cielo mis pupilas  
Repito ante ellas la plegaria tuya;  
« Tú lo quisiste, bondadoso Padre,  
Que tu divina voluntad se cumpla.»

1884

### **Índice de autores**

#### **Siguiente**

BANCO DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO